

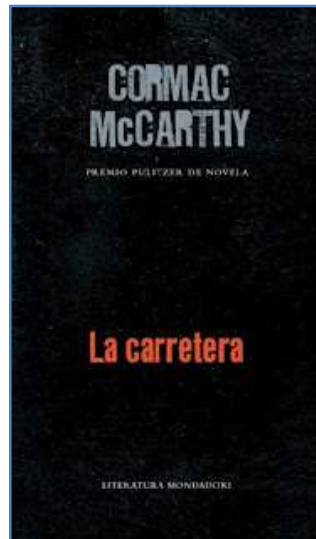


rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

LA CARRETERA



CORMAC MCCARTHY

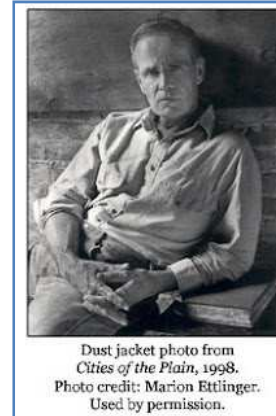
Murcia

Cormac McCarthy

Biografía

http://es.wikipedia.org/wiki/Teresa_Moure

Cormac McCarthy (Providence, Rhode Island, 20 de julio de 1933) es un escritor estadounidense ganador del Premio Pulitzer de ficción 2007 por su novela *La carretera*.



El crítico literario Harold Bloom le ha distinguido como uno de los cuatro mayores novelistas norteamericanos de su tiempo, junto a Thomas Pynchon, Don DeLillo y Philip Roth. Se le compara frecuentemente con William Faulkner y ocasionalmente con Herman Melville, aunque por la importancia del viaje y del río en su obra también se le podría emparentar con Mark Twain, y por la causticidad y precisión de su prosa con Jim Thompson.

Contenido

- 1 Biografía
- 2 Obra
 - 2.1 Novelas
 - 2.2 Obras de teatro
 - 2.3 Guiones
 - 2.4 Adaptaciones cinematográficas
- 3 Enlaces externos

Biografía

Cormac McCarthy, hijo del abogado Charles Joseph y Gladys Christina McGrail McCarthy, nació en Providence, Rhode Island, el 20 de julio de 1933, y en 1937 se trasladó con su familia a Knoxville, Tennessee, donde transcurrió su infancia. Llamado Charles por tradición paterna, cambió su nombre por el de Cormac, a semejanza del legendario Cormac Mac Airt, uno de los más conocidos grandes reyes de Irlanda. Es el mayor de tres hermanos varones, contando además con tres hermanas. Criado en la fe católica, en Knoxville estudió en la Knoxville Catholic High School. Su padre fue un abogado de éxito en la compañía de energía eléctrica Tennessee Valley Authority desde 1934 hasta 1967.

McCarthy cursó estudios de humanidades en la Universidad de Tennessee durante el período 1951-1952, sin llegar a graduarse. En 1953 ingresó en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, en la que permaneció durante cuatro años, dos de ellos destinado en Alaska, donde presentaba un programa radiofónico. En 1957 regresó a la Universidad de Tennessee. Durante ese período, que se prolongó hasta 1959, publicó dos historias (*A Drowning Incident* y *Wake for Susan*) en *The Phoenix*, revista literaria de la universidad, obteniendo el galardón Ingram-Merrill para la creación literaria en 1959 y 1960.

En 1961 contrajo matrimonio con Lee Holleman, que había sido compañera de universidad, con quien tendría su primer hijo, Cullen. Abandonó los estudios sin

graduarse, trasladándose con su familia a Chicago, donde escribió su primera novela. Regresó a Tennessee, a Sevier County, finalizando allí su matrimonio.

La primera novela de McCarthy, *El guardián del vergel*, fue publicada por la editorial Random House en 1965. Decidió enviar el manuscrito a Random House porque "era la única editorial de la que había oído hablar". En Random House, el manuscrito llegó hasta las manos de Albert Erskine, editor de William Faulkner hasta la muerte de éste en 1962. Erskine continuaría editando a McCarthy durante los siguientes veinte años.

En el verano de 1965, antes de la publicación de su primera novela, utilizando los fondos de una beca de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras, McCarthy embarcó en el buque de línea Sylvania, con la intención de visitar Irlanda. Durante el trayecto conoció a la inglesa Anne DeLisle, que trabajaba en el barco como cantante, con quien contrajo matrimonio en Inglaterra en el año 1966. Ese mismo año obtuvo una nueva beca, esta vez de la Fundación Rockefeller, que utilizó para viajar con Anne por Europa (Francia, sur de Inglaterra, Suiza, Italia y España) antes de recalar en la isla de Ibiza, donde terminó su segunda novela, *La oscuridad exterior*. Posteriormente, en 1967, volvió a los Estados Unidos con su esposa, instalándose en una vivienda de alquiler en Rockford, Tennessee, cerca de Knoxville. *La oscuridad exterior* fue publicada en 1968 recibiendo, como su primera novela, críticas favorables.

En 1969 la pareja se trasladó a Louisville, Tennessee, donde compraron un granero que McCarthy reformó por completo personalmente. Allí escribió su siguiente obra, *Hijo de Dios*, de ambientación contemporánea, publicada en 1973 con críticas dispares. Al igual que su anterior novela, *La oscuridad exterior*, *Hijo de Dios* esta ambientada en el sur de los Apalaches.

Durante el período 1974-75, McCarthy trabajó en el guion de la película *The Gardener's Son* (estrenada en junio de 1977), del director Richard Pearce.

En 1976 McCarthy y DeLisle se separaron sin descendencia, divorciándose cinco años después, y él se trasladó a El Paso, Texas. En 1979 se publicó finalmente su cuarta novela, *Suttree*, que había estado escribiendo de manera irregular durante veinte años.

Manteniéndose con el dinero de una nueva beca que recibió de la Fundación MacArthur en 1981, concluyó su siguiente obra, *Meridiano de sangre*, western apocalíptico ambientado en la década de 1840 que se desarrolla entre México y Texas, publicada en 1985.

Tras la jubilación de Albert Erskine, abandonó la editorial Random House y entró en Alfred A. Knopf. McCarthy finalmente recibió un amplio reconocimiento de público y crítica con la publicación en 1992 de su obra *Todos los hermosos caballos*, obteniendo el National Book Award, que fue seguida por *En la frontera* y *Ciudades de la llanura*, los tres volúmenes que componen la *Trilogía de la Frontera*. En el verano de 1994, antes de la aparición del segundo volumen de la trilogía, se publicó su obra de teatro *The Stonemason*, escrita en la década de 1970, que narra las vicisitudes de tres generaciones de una familia negra en Kentucky.

En torno a la publicación de *Ciudades de la llanura* (1998), McCarthy contrajo matrimonio por tercera vez, en esta ocasión con Jennifer Winkley, con la que tiene un hijo, John Francis.

Su siguiente novela, *No es país para viejos*, fue publicada en julio de 2005 por la editorial Alfred A. Knopf y ha sido llevada al cine por los hermanos Coen en el año 2007. La última obra de McCarthy, *La carretera*, ha sido aclamada internacionalmente recibiendo el Premio Pulitzer. Fue publicada el mismo año que otra obra de teatro, *The Sunset Limited*, en 2006.

La famosa presentadora estadounidense de televisión Oprah Winfrey eligió la novela *La carretera* para ser incluida en su afamado Book Club correspondiente al mes de abril de 2007. McCarthy aceptó ser entrevistado por ella en la que sería su primera entrevista emitida por televisión, que pudo ser vista en The Oprah Winfrey Show el 5 de junio de 2007. El programa fue grabado en la biblioteca del Instituto de Santa Fe; en él, McCarthy confesó que no conoce demasiados escritores y que prefiere la compañía de científicos. Durante la entrevista relató diversas historias que ilustraban el grado de “descarnada pobreza” que ha tenido que soportar durante su carrera de escritor. También habló de la experiencia que supone la paternidad a edad avanzada, y de cómo su hijo de ocho años ha supuesto su inspiración para escribir *La carretera*.

Actualmente McCarthy reside en Tesuque, Nuevo México, al norte de Santa Fe, con su esposa Jennifer Winkley y su hijo John. Protege celosamente su intimidad y raramente concede entrevistas. En una de las pocas que ha concedido (al New York Times), McCarthy es descrito como un “gregario solitario”, revelando que no simpatiza con autores que no “tratan las cuestiones de la vida y la muerte”, citando a Henry James y Marcel Proust como ejemplos. “No los entiendo”, ha declarado, “En mi opinión, eso no es literatura”.

McCarthy permanece en activo en la comunidad académica de Santa Fe y ocupa gran parte de su tiempo en el Instituto de Santa Fe, un organismo sin ánimo de lucro dedicado al estudio de los sistemas complejos, uno de cuyos fundadores es su amigo el físico Murray Gell-Mann.

Obra

Novelas

- *El guardián del vergel (The Orchard Keeper)*, 1965)
- *La oscuridad exterior (Outer Dark)*, 1968)
- *Hijo de Dios (Child of God)*, 1974)
- *Suttree* (ídem, 1979)
- *Meridiano de sangre (Blood Meridian, Or the Evening Redness in the West)*, 1985)
- Trilogía de la frontera:
 - I - *Todos los hermosos caballos (All the Pretty Horses)*, 1992). Ganador del National Book Award
 - II - *En la frontera (The Crossing)*, 1994)
 - III - *Ciudades de la llanura (Cities of the Plain)*, 1998)
- *No es país para viejos (No Country for Old Men)*, 2005)
- *La carretera (The Road)*, 2006). Ganador del Premio Pulitzer de ficción en 2007

Obras de teatro

- *The Stonemason* (Escrita en la década de 1970 y publicada por primera vez en 1995)
- *The Sunset Limited* (2006)


Guiones

- *El hijo del jardinero* (*The Gardener's Son*, 1976)
- *The Counselor* (2012, aún no producido)

Adaptaciones cinematográficas

- *The Gardener's Son*, película para la televisión realizado por Richard Pearce en el año 1977.
- *All the Pretty Horses*, ha sido llevada al cine por Billy Bob Thornton en el año 2000, protagonizada por Matt Damon y Penélope Cruz
- *No Country for Old Men*, ha sido llevada al cine por Joel e Ethan Coen en el año 2007, protagonizada por Josh Brolin, Tommy Lee Jones, Javier Bardem y Woody Harrelson
- *Outer Dark*, ha sido llevada al cine por Stephen Imwalle en el año 2008, en formato de cortometraje
- *The Road*, ha sido llevada al cine por John Hillcoat, protagonizada por Viggo Mortensen, Kodi Smit-McPhee, y Charlize Theron. Se estrenó en España el 5 de febrero del 2010
- *The Sunset Limited*, basada en la obra de teatro del mismo título, adaptada por el propio Cormac McCarthy y dirigida por Tommy Lee Jones en 2011, con Jones y Samuel L. Jackson como protagonistas.
- *Blood Meridian, Or the Evening Redness in the West*, en labores de producción será llevada al cine por Todd Field en el año 2010.
- *Cities of the Plain*, anunciada para ser llevada al cine por Andrew Dominik en el año 2012

Enlaces externos

-  Wikiquote alberga frases célebres de o sobre **Cormac McCarthy**.
- The Cormac McCarthy Society
- "La carretera" de Cormac McCarthy en El arte inútil de Hugo J. Platz
- La carretera de Cormac McCarthy por Juan Asensio
- [1]. Revista "Cenobio"
- Cormac McCarthy on the Santa Fe Institute's Brainy Halls (Inglés)

La carretera

[http://es.wikipedia.org/wiki/La_carretera_\(novela\)](http://es.wikipedia.org/wiki/La_carretera_(novela))

La carretera (en inglés *The Road*) es una novela post-apocalíptica de ciencia ficción escrita en 2006 por el escritor estadounidense Cormac McCarthy, creador de otras novelas como *No es país para viejos* y la trilogía de la frontera (*Todos los hermosos caballos*, *En la frontera* y *Ciudades de la llanura*). *La carretera* fue galardonada con el Premio Pulitzer de 2007 en la categoría de ficción,¹ con el James Tait Black Memorial Prize en 2006 y fue finalista para el National Book Critics Circle Award en 2006.²

Contenido

- 1 Trama
- 2 Adaptación cinematográfica
- 3 Referencias
- 4 Enlaces externos

Trama

La novela cuenta una historia post-apocalíptica sobre un viaje emprendido por un padre y su hijo a través de parajes que fueron destruidos años atrás durante un cataclismo no especificado que destruyó toda la civilización y la mayor parte de la vida sobre la Tierra.

Adaptación cinematográfica

En 2009 se filmó *La carretera*, película basada en este libro, que se estrenó en Estados Unidos el 25 de noviembre de 2009 y posteriormente en otros lugares. Su director fue John Hillcoat y sus protagonistas fueron Viggo Mortensen y Kodi Smit-McPhee. Entró a concurso en la sección principal del 66º Festival Internacional de Cine de Venecia.

Referencias

1. ↑ «Novelist McCarthy wins Pulitzer», *BBC*, 17 de abril de 2007. Consultado el 08-09-2007.
2. ↑ The National Book Critics Circle 2006 finalists

«La carretera» de Cormac McCarthy

Es muy difícil entender el alcance moral de las obras de **Cormac McCarthy** (Rhode Island, 1933) sin hablar precisamente del alcance moral en que éstas se basan. Hablar del futuro no es hablar del pasado. Este último posee menor margen de error en cuanto a la verdad que esconde toda obra de ficción. No ha habido en la historia literaria otro siglo diferente al XXI en el que se aprecien tan claramente los matices del futuro que nos espera. Si antaño se resaltaban los defectos de lo que se hizo, ahora -gracias a la *literatura de anticipación*- parece resaltarse lo que se hará. Esto implica que al fin el escritor escribe hacia el futuro, de forma crítica. Con los nuevos tiempos, no parece quedarle otro remedio. En la eficiente tranquilidad del mercado -donde los centros comerciales comandados por unos caciques sin escrúpulo alguno se han convertido (en cuanto a su estructura y organización) en Ministerios de Cultura- surgen voces que invierten la memoria y en lugar de recordar el pasado lleno de tópicos, o hablar de un presente insustancial, invaden con su prosa el porvenir. En España lamentablemente las voces críticas son calladas por la censura de ese mercado. Aquellos autores que no coinciden con las opciones estéticas normalizadas desde cualquiera de esos Ministerios a que antes me refería son desterrados más allá de las fronteras en que vive el lector común, silenciados con efectividad mediante la *damnatio memoriae* latina o eliminadas sus obras por razón del desagradable escrutinio de los almacenes en que mueren carbonizados millones de libros. Todo esto, sin embargo, es difícil probarlo, a diferencia de la censura franquista en que se utilizaba el aspa roja como huella de la destrucción de cuanto pudo haber sido. Vivimos, pues, en un momento de la Historia en el que ya no es posible hablar sin hipótesis, subjuntivos o verbos de futuro; aunque estén implícitos en el sentido de cada obra, no de forma expresa en su gramática sino en el significado de su composición, y el narrador necesite utilizar otros medios para describir la realidad.

Para alguien de mi generación, nacido en la Guerra Fría, los videojuegos e internet, es imposible no sentirse incomodo ante una novela como *The Road* (La carretera, Mondadori, 2007) de Cormac McCarthy. José Ángel González Sainz, en su libro *Un mundo exasperado*, se pregunta si «son las palabras las que crean el único mundo encontrado y encontrable y crean por lo tanto el sentido». Mi lectura de *The Road* ha visto en la obra una literatura de anticipación porque aquello que nos cuenta McCarthy bien podría suceder en un tiempo no demasiado lejano. Además, como habrá podido ya el acólito lector comprobar en su lectura de la obra, el hecho o circunstancia llamada "Cormac McCarthy", al menos en su último escorzo lírico -esa premonición literaria acerca de la destrucción nuclear, y por tanto masiva, de cualquier especie existente sobre la tierra-, está bastante lejos de lo que fue ese pasado western revisionista y desmitológico de anteriores obras. Si hay algún tipo de pasado en *The Road* (que lo hay) debería ser denominado pasado interior. En los recuerdos del padre vive este pasado, pues el niño parece haber nacido en un mundo distinto al que hoy conocemos. Es por esta razón que el fenómeno y semioculto McCarthy modifica su mirada, se aleja de la frontera y nos introduce en los caminos futuros que podrían suceder si seguimos precisamente por esta carretera global en que ahora nos encontramos. Los medios informativos hablan del

mundo en que nos ha tocado vivir como si ese mundo no fuese creado por nuestras manos. El holocausto nuclear es una realidad, no una amenaza, y por ende debemos destruir los impulsos que generan nuestra propia destrucción. Cormac McCarthy utiliza en este caso herramientas muy simples, sencillas e inusuales en su obra anterior: algunos elementos primarios -ceniza, polvo, tierra, hambre, sed, frío, hollín, nieve, lluvia- que debieron producirle al traductor de la obra cierto desasosiego y una grandísima dificultad para atravesar el puente que separa ambas lenguas; también cuenta con muy pocos elementos narrativos: descripciones de paisajes desérticos a través de las acciones y movimientos de dos únicos personajes, el padre y el niño; diálogos parcos en palabras; y, sobre todo, imágenes desgarradoras, nada históricas ni preciosistas, que hacen de la narración una expresión nihilista más allá de lo bello.

La literatura de McCarthy es un altavoz que denuncia el Mal -"el hombre es un lobo para el hombre", podemos decir- desde el Bien (la voz del niño, que es, según el padre, la propia voz de Dios). Así, en esta honda prisión abierta -como espacio infinito que es una carretera que no lleva a ningún lugar de salvación que no sea la muerte, o la nada- los personajes tratan de sobrevivir y escapar de los hombres malos que se comen a los hombres buenos. Se trata de un principio moral y teológico, donde la lucha refuerza no la salvación del cuerpo sino el milagro de la dignidad. Sin embargo, vemos que se han perdido no sólo los principios teóricos de la religión y de la creencia, sino también los principios que rigen el comportamiento humano logrado casi con precisión en el estado de derecho: el respeto por la carne y el cuerpo de los demás desde el punto de vista del vacío. Como he dicho ya, el escritor escribe hacia el futuro y McCarthy es un visionario - como lo fueron Faulkner, Joyce y Cervantes y ahora Delillo, Bolaño y J. G. Ballard- que construye indicios de lo que podrá existir (aunque también desaparecer) en una perspectiva temporal no demasiado lejana. Entonces *The Road*, tal y como yo la he leído, es una literatura de la pérdida, del desengaño y la desesperación, de la privación total de la esperanza, cuya razón de ser estaría en el conocimiento de la verdad con que el padre sale del engaño o error en el que estaba. Mientras tanto, el niño, con su bondad, representaría lo contrario, es decir, la voz de Dios (al menos ésta es la percepción del padre). Pero ¿cuál es el origen de toda esta pérdida? Los efectos globales de una guerra nuclear son ya conocidos a través de películas y libros de divulgación científica. Recuerdo aquel telefilm de 1983 titulado *The Day After* con el actor Jason Robards y que tantísimo éxito reportó a Nicholas Meyer, su director, en la década última de nuestra (también: la de todos) Guerra Fría. Pienso en Nagashaki e Hiroshima (el origen) y multiplico por diezmil sus efectos a escala global, el nivel cuantitativo de kilotonos que intervinieron en la masacre, y no puedo dejar de pensar en la destrucción total del planeta. *The Road*, debido a su inicio *in medias res*, parece ser una segunda parte de aquella película: cuando la guerra nuclear ya ha devastado el planeta y solamente queda sobrevivir en un mundo convertido en hollín de negra ceniza. La película de Nicholas Meyer se proyectó por primera vez en España un 5 de marzo de 1984 y el libro de McCarthy se editó el pasado noviembre de 2007, lo que separan a ambos formatos en cerca de un cuarto de siglo. ¿Con Irán, Corea y Pakistán sumados a EEUU y Rusia en la plantilla de enriquecedores de uranio ha cambiado mucho el paisaje a lo largo de estos veinticinco años de amenazas

nucleares? ¿La *ciencia-ficción* -el término *literatura de anticipación* me gusta más- que nos presenta McCarthy carece de verosimilitud e importancia para plantearse aquellas preguntas que nos hicimos en los ochenta después de ver *The Day After* en las salas de cine y en los colegios? Las respuestas residen en la experiencia japonesa, en los volcanes y, sobre todo, en las pocas garantías que nos ofrece nuestro bienestar común y expugnable.

Muchos dirán con razón que este hallazgo novelesco es un giro temático del autor, algo que puede generarle el tan ansiado Premio Nobel (de producirse, sería convertir a Javier Marías en un visionario). Se trata de un giro evolutivo en su carrera, un paso de la revisión mítica del oeste norteamericano a una novela de zombis, de la descripción pormenorizada de la violencia en que se asentaron los principios morales y cívicos de los Estados Unidos (*Blood Meridian* es el ejemplo más claro y la mejor novela del autor) al desenlace de aquellos principios totalizadores e imperialistas. No olvidemos, sin embargo, que McCarthy bebe de lo popular para construir sus esbozos. En este caso, el hallazgo del padre y el hijo empujando un carrito me trae a la memoria ese conocido cómic manga creado por Kazuo Koike y Goseki Kojima y que tanto éxito ha cosechado en Estados Unidos gracias a una serie de televisión y a varias películas. Estoy hablando de *Lone Wolf and Cub* («El Lobo Solitario y su Cachorro»). Pero acaso, por sus paisajes desérticos y la desaparición de piedad y esperanza, la película que más nos recuerda a *The Road* sea *Mad Max* y su secuela «El Guerrero de la Carretera». El holocausto nuclear, tal y como nos lo presenta McCarthy, es el efecto producido por ese ensimismamiento global de los pueblos frente a la técnica, como sucede en *Mad Max* y la búsqueda continua de carburante. Y nosotros, como ciudadanos del mercado, debemos rebelarnos ante esta amenaza, manifestarnos contra el holocausto antes de que se produzca y sabotear cualquier intento de crear armas nucleares en nuestro entorno próximo y lejano. Por esta razón, el escritor debe escribir hacia el futuro, hacia ese porvenir en continua transformación por las manos asesinas del hombre. La novela de McCarthy es necesaria y se alza contra la hipocresía de los políticos y gobernantes que quieren hacernos creer que el miedo nuclear es una manifestación infundada. Por ello, cuando Cormac McCarthy nos dice a través de su narrador que está todo acabado, no hay nada, debemos volver a pensar en los efectos de una guerra nuclear donde los protagonistas y damnificados seremos siempre nosotros, los ciudadanos de a pie.

La carretera (*The Road*, 2006). Barcelona: Random House-Mondadori, 2007; 210 pp.; col. Literatura Mondadori; trad. de Luis Murillo Fort.

Publicado por Hugo J. Platz en 08:28

Etiquetas: Cormac McCarthy, El Lobo Solitario y su Cachorro, Goseki Kojima, Kazuo Koike, La carretera, Mad Max, Sin City

Dedico este texto a la memoria de Vincent Murlin. Que tú puedas encontrar, en la carretera blanca, un poco de calor y consuelo.

Por cierto, *La Carretera* de Cormac McCarthy evoca la escritura despojada (no pobre) del primer Hemingway y del último Beckett, atiborrada de silencios que, a veces, parecen ocupar más espacio que el propio texto, en recuerdo de las tragedias más negras de Shakespeare (y también de la genial exuberancia de su lengua; este es un punto que André Bleikasten, quien no sabe leer inglés, desestima gravemente), las imágenes del simbolismo demoníaco que Conrad disemina, a manera de enigmas insondables, a lo largo del río lentamente navegado por Marlow, la errancia de los personajes de *Las uvas de la ira*, de Steinbeck, la sentencia evocada en *El señor de las moscas* de Golding donde se afirma que la barbarie no puede ser vencida por el progreso, la extrema fragilidad del velo que, justamente, nos separa de esa barbarie oculta debajo de un barniz de buenos sentimientos y tecnología, como se evidencia en *La Isla del doctor Moreau* (y, también, en *La máquina del tiempo* y en *La guerra de los mundos*) de Wells, pero es ante todo de las novelas anteriores de Cormac McCarthy (1) que *La carretera* se ha nutrido, enriqueciéndose especialmente de *No es país para viejos*. Las últimas líneas de esta novela evocan el sueño del Sheriff (en éste, ha vuelto a ser un muchacho que acompaña a través de la noche a su padre, el cual con una rudimentaria lámpara se hunde en las tinieblas) pareciendo anunciar, así, la aventura que se desenvuelve en *La carretera*. Él retoma la escritura tensionada, admirablemente precisa y soberbiamente concisa, no obstante, ya no adopta el ritmo desenfrenado y no renuncia jamás a evocar, de manera aun más amplia que en la novela anterior, la sombría belleza de un mundo devastado; tampoco abandona, ni por breves momentos, la errancia de sus dos personajes. De esta manera, la escritura de McCarthy recupera el soplo hipnótico del atormentado *Monsieur Quine* de Bernanos, pareciendo evadirse de un mundo destruido por una total guerra nuclear, para buscar la última huella de caridad refugiada en el universo. ¿Y dónde está? En algunos gestos elementales de supervivencia, en las palabras articuladas entre un padre y su hijo, en el doloroso sueño de un mundo pasado, quebrantado; en algunos encuentros, tan bellos como raros, con aquellos hombres que no han involucionado al salvajismo; está apenas contenida por una sociedad que, de aquí en adelante, se encuentra arrasada y aniquilada. Es pues, un tiempo de lobos, de muy antiguas leyendas, época en la que un padre y su hijo sufren el rigor implacable : al menos, McCarthy, no vacila en recordarnos que los hombres pueden mantenerse erguidos sin la menor muleta social. En resumidas cuentas, a los ojos de estos dos seres humanos apenas importa el número de supervivientes que se han transformado en lobos, pues han decidido apoyarse y aferrarse el uno al otro para no sumergirse en el abismo. El salvajismo debe ser voluntariamente deseado, abrazado, como a una amante digna de su nombre; no puede apoderarse del hombre si este último se ha despojado de la clara visión del Bien y del Mal. Kurtz sólo se ha encarnado en el salvajismo (aunque lábil), porque ha decidido dejarse

inundar por el torrente negro. Es verdad, él estaba vacío, como después no dejaron de repetirlo Conrad, T. S. Eliot y luego Bernanos y Broch. Los personajes más tenebrosos de McCarthy jamás han sido explicados a partir de tan lamentables causas sociales (una infancia desdichada, una madre que ha sido golpeada, un padre alcohólico, levemente fraudulento, una juventud rodeada de edificaciones podridas, etc.) que diluyen nuestra responsabilidad en una miseria sociológica infecta. Vean a Suttree : un marginal, un pobre diablo, errabundo que, a pesar de todo, es un gran hombre con la sesera rellena de muchas tonterías. No cabe duda alguna del por qué los malos periodistas le critican a este novelista, desde la aparición de *No es país para viejos*, el ser paternalista, conservador, e incluso reaccionario. Por Dios, por qué estos imbéciles llorones no nos dejan leer las novelas de McCarthy en paz, y por qué no han sido capaces de ver que esta novela, de absoluta devastación, funda mas que destruye, pues funda a partir de la destrucción misma. Volveremos a eso. Cualquiera sean las aparentes digresiones de McCarthy, él plasma en la narrativa su sello magistral con una impronta que nunca antes, como en *La carretera*, había sido tan admirablemente certera. En un tris, su prosa se aventura a través de muchas comarcas inimaginables, por antiguos recuerdos del padre, por la añoranza de un pasado inmemorial, hasta la caída vertiginosa en el abismo del espacio y la exploración de las regiones secretas de la Tierra. Todo lo anterior para, al fin y al cabo, volver a girar como un viento apaciguante alrededor del padre y del hijo... viento que los lleva a modestas aventuras. Llevarlos ¿Llevar no es a la larga el único papel del novelista, puesto que da a luz personajes alimentados por su propia sangre? (2). McCarthy no suelta un sólo instante a sus personajes: él los observa, les prepara algunas simples sorpresas (un refugio, alimento, vestiduras); despliega bajo sus pies un camino de evidente simbología. La *vía rupta* es la senda que cava en el muro deletéreo. En este mundo post apocalíptico, descrito por el novelista como despiadado y desierto, la inmovilidad es la muerte (dicha descripción parece apoyarse en las conclusiones popularizadas por Carl Sagan y un equipo de científicos en *El frío y las tinieblas* (3)). La carretera es la típica imagen bernanosiana que conmocionó a Julian Gracq, como él mismo ha escrito en uno de sus ensayos de lectura. A su vez, la carretera de la errancia es uno de los escenarios favoritos que McCarthy no se ha cansado de retratar en todas sus novelas.

Literalmente, Cormac McCarthy *lleva* a sus personajes como si fuera un buen samaritano invisible, que ha sido atrapado por la piedad que siente hacia los seres de la tierra; al mismo tiempo, es el pequeño quien parece darle la fuerza al padre para seguir caminando, cueste lo que cueste (ver las propias palabras del niño, p. 222) hacia un litoral menos salvaje y estéril. Nuestro novelista, (y por las mismas razones, una de sus creaciones más conmovedoras : el niño) merece el adjetivo de *christophore* (4) que Bloy aunó al papel secreto del Revelador del Globo, como el mismo apodara a Cristóbal Colón. El camino y el descubrimiento son dos caras de la misma realidad, la cual ha marcado simbólicamente las odiseas literarias y metafísicas más célebres. ¿Qué es lo que nos trata de revelar esta novela bárbara y fulminante? La fundación de una nueva cristiandad a la que poco le importa que Roma fuese o no destruida. Nosotros no sabemos, en cambio, absolutamente nada de la Iglesia. Sólo nos han sido entregados

algunos detalles que, al parecer, llamaron apenas la atención de McCarthy : se ha dicho (p. 20) que América ha sido assolada por «sectas sanguinarias». Cormac McCarthy, a diferencia de Maurice Dantec, se burla al describir los épicos y cruentos combates relatados por los enemigos de la Iglesia a los últimos representantes de la Orden (5). Hasta parece no preocuparle, si atraviesa las edades del hierro, escondido en algún subterráneo, el cráneo que se ríe burlescamente de Leibowitz, cuya sabiduría devolverá a la vida a la civilización (que de nuevo perecerá, algunos siglos después del Renacimiento, prácticamente destruida por los grandes fuegos). Esta nueva cristiandad será, entonces, totalmente idéntica a las primeras comunidades que habrían recibido la Buena Nueva: también tendrá que esconderse, estará siempre expuesta a ser abatida; sin embargo, sobrevivirá. Qué importa, incluso, si Dios existe. Posiblemente, él también ha sido arrastrado por la ceniza polvorienta que cubrió el mundo entero, los mares y los océanos, oscureciendo la atmósfera y tapando con un velo al sol.

Qué sentido tiene, entonces, rescatar la voz de Job, hay que maldecirlo (p. 16), ceder a la desesperación (p. 34), pensar locamente que la verdadera vida, en este mundo casi completamente muerto, se ha refugiado tal vez en la misma muerte (p. 24); hay que afirmarle al incrédulo que Él – ese dios se ha vuelto loco y es adorado por hombres que se han transformado en bestias – se esconde en el hijo que protege al padre hasta agotar sus propias fuerzas, ¿llamándolo simplemente Papá? Sin morada en la vida, el niño no ha perdido el espíritu al contemplar la demencia, la desesperación (de su madre que se ha suicidado), la pestilencia y el Mal; el pequeño ha logrado conservar el uso de la palabra, pues es Dios quien continúa hablando, ya que «Si él no es la palabra de Dios, Dios jamás ha hablado» (p. 7).

A Cormac McCarthy le basta aquella fragilidad conmovedora de la belleza, que de todas maneras se ha perdido para siempre; y este despojo extremo, esta extenuación del lenguaje mismo (Cf. 80, 156) – que puede ser reducido a algunos sonidos informes (p. 53), este peligro constante, esos pequeños gestos fundadores – le sirven para afirmar que la luz no puede ser devorada por las tinieblas : «Se quedó acostado observando al niño junto a la hoguera. Quería ser capaz de percibirlo. Miró a su alrededor y dijo: No hay ningún profeta en la larga crónica de la tierra que no esté siendo honrado hoy aquí». (p. 186).

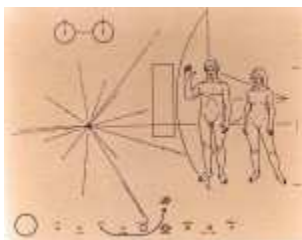
Da la impresión que, lo que ha sobrevivido a la catástrofe, es sólo un resto de viejas profecías judaicas, de tierra seca, fría, oscura, sin vida y de algunos hombres errantes que buscan un poco de paz y de luz. Estas escasas cosas todavía están ante los ojos de Cormac McCarthy, y como resultado de ello, para Maître Eckhart, la Nada es su verdadera casa, la nueva e indestructible Arca de la Alianza. Es a partir de la nada que se vuelven a encontrar, ya que esta nada ahora es el todo. «Con el pie hizo unos hoyos en la arena para acomodar las caderas y los hombros del pequeño cuando se acostara y se quedó abrazándolo mientras le alborotaba el pelo delante de la lumbre para secárselo. Todo ello como un antiguo unguento. Que así sea. Evoca las formas. Cuando no tengas nada más inventa ceremonias e infúndeles vida» (p. 53).

Notas

(1) Novelas a las cuales Cormac McCarthy tal vez haga alusión al evocar (p. 41) esas «viejas historias de coraje y justicia».

(2) La traducción francesa de la novela de George Steiner es incorrecta: no es *El transporte* [transport] de A. H., sino, *El portaje* [portage], conforme dije en un texto publicado en el *Cahier de l'Herne* dedicado al autor. Ese error revela todo su sentido cuando se percibe que la intención de George Steiner, aunque relativamente manifiesta, consistía en trazar un paralelo entre el destino de Hitler y el de Cristo.

(3) Carl Sagan fue el inspirador de esta famosa placa de oro grabada – una especie de *botella de náufrago interestelar*, según la imagen de la que se valen los periodistas –, atornillada en las sondas Pioneer 10 y 11, que fueron dejadas en el sistema solar en la década de 1980.



(4) La etimología aproximada del nombre griego Cristóbal (*Christophore*) sería «el que porta consigo a Cristo».

(5) Un punto en común, sino dos, entre el texto de McCarthy y de Dantec: es la degeneración de la lengua, evidenciada en detalles en la novela de Dantec y, en mi opinión, de una forma tan biomecánica que no termina de convencer. Más adelante, utiliza el mismo oscurecimiento de la atmósfera, provocado para una nube de polvo que todo lo sofoca.

<http://www.ojosdepapel.com/Index.aspx?article=2708>

Reseñas de libros/Ficción

Cormac McCarthy: *La carretera* (Mondadori, 2007)

Por Juan Antonio González Fuentes, domingo, 02 de diciembre de 2007

Hay novelas que a uno lo dejan completamente indiferente, es más, pasados los días ya apenas sí recuerda de qué iba el asunto que proponían, y su atmósfera se ha perdido por completo en el interior del lector sin haber dejado ni siquiera el rastro de un mal perfume. Ese tipo de libros, con el tiempo, cuando uno va haciéndose mayor y parece que pierde la vergüenza de equivocarse ante sí mismo, es mejor dejarlos arrinconados cuanto antes, a las pocas páginas degustadas si uno presume que la cosa va a terminar en nada, o lo que es peor, en algo prescindible.

Otras veces, por el contrario, las páginas de la novela leída le dejan a uno un rastro señalado a fuego, como si el libro fuera sencillamente un soplete cuya llama se ha aplicado a conciencia sobre la piel, la carne, las mismas entrañas dejándolas palpitantes y desnudas. Esto es lo que me ha ocurrido con el último premio Pulitzer y libro más vendido del año en los EE.UU, *La carretera* de **Cormac McCarthy**, trabajo que ha publicado el sello Mondadori en traducción de **Luis Murillo Fort**.

Responde en gran medida la literatura de Cormac McCarthy, incluso su propia presencia física vislumbrada en las no muchas fotos que ofrece internet, a lo que el imaginario de los lectores europeos hemos ido construyendo con respecto a la narrativa norteamericana del siglo XX, desde **Jack London** o **Ernest Hemingway**, por ejemplo. Es decir, una forma de narrar, de contar historias por escrito, muy cercana a lo que podríamos entender por "viril" (recia, contundente, sobria, concisa, compacta, directa...), y alejada por completo de delicuescencias culturalistas y esteticistas, de divagaciones más o menos afortunadas en torno a filosofías, políticas y demás añadidos y condimentos que suelen acompañar las propuestas narrativas a este lado del Atlántico. En efecto, McCarthy y sus libros encajan bastante bien con esa idea planteada de "sobriedad" y "contundencia" narrativa, vamos, de plantear una historia para centrarse en ella y resolverla apelando al castizo "al pan, pan y al vino, vino", ni siquiera planteándose un instante el "irse por las ramas", el iniciar divagaciones en torno a..., sobre que..., demostrando...

Estamos ante un claro viaje iniciático (como el que propone **Stevenson** en *La isla del tesoro*), pero en el que todo empieza y termina en una desolación de marcado carácter nihilista, un viaje que es, a la vez, principio y fin, inicio y término, una nada sólo aliviada por la memoria y sus recuerdos que lleva directamente a la nada

Si acudiésemos para entender lo que estoy queriendo decir al ejemplo del cine diría lo siguiente. En las novelas de McCarthy no se mueve la cámara para obtener hermosos efectos; los planos, los encuadres son los justos y necesarios para hacer avanzar la historia; los héroes tienen el diálogo justo para trasladar su carácter y visión del mundo; no hay *zooms*, ni *travellings* amanerados.... La cámara se sitúa en el mejor lugar posible para que el espectador conecte y comprenda lo que se le cuenta, la historia. En este sentido, *La carretera* se presenta a sí misma como un caso contundente, incuestionable.

Hemos de suponer que toda la acción que presenta *La carretera* tiene lugar después de una guerra nuclear en un territorio indeterminado de los EE.UU, cerca de una costa y en un lugar de temperaturas frías y húmedas. Lo hemos de suponer porque McCarthy no lo subraya, y deja que sean los hechos, los acontecimientos y la puesta en escena de su relato los que den pie al lector a pensarlo. En ese escenario de pura y radical desolación, de violencia palpable por que la violencia lo ha arrasado absolutamente todo, un padre y su hijo pequeño, un hijo de poco más de diez años, avanzan por una carretera cargando con unos pocos enseres sobre sí mismos y en un simbólico carro de supermercado. No hay destino, se trata sólo de avanzar hacia la costa, hacia el mar, tentando desde el racional desánimo la suerte de encontrar quizá una salvación a la que poner un nombre. Se trata de sobrevivir a lo irracional desde una racionalidad sin futuro alguno, de seguir vivos porque no hay otra solución, de avanzar por la desolación de una carretera desolada que sólo lleva a la más completa desolación: la nada.

Pero este avanzar por la nada incluye además un peligro real e inminente, brusco: topar con los escasos supervivientes que unidos en manada de alimañas buscan a otros supervivientes con los que satisfacer las pulsiones más primarias, incluida claro la del hambre.

Estoy seguro que en muy pocas ocasiones podré volver a escribir que un escenario literario encarna de forma tan cruda y perfecta la desolación metafísica en la que se desenvuelven los personajes que por él transitan

En este escenario de ciencia ficción, y que prácticamente es el mismo de principio al fin en el avance de la novela por la famosa carretera que le da título, McCarthy plantea a lo largo de poco más de 200 páginas una conmovedora, alucinante e inolvidable historia que lo es de amor filial y de amor a la pura supervivencia, no pudiéndose entender ninguno de los dos amores sin el otro.

Con un planteamiento narrativo semejante al que tienen algunos de los más grandes *westerns* del cine americano, McCarthy sitúa a sus casi dos únicos personajes, padre e hijo, hombre y niño, en una especie de "territorio comanche" en el que el peligro acecha detrás de cada curva del camino, detrás de cada árbol, de cada pequeña colina. Así, en un paisaje infernal infestado de enemigos, los dos personajes no cabalgan juntos (como en la película de **John Ford**) sino que andan juntos siendo cada uno de ellos la razón de ser del otro, la única razón de seguir adelante. En este sentido estamos ante un claro viaje iniciático (como el que propone **Stevenson** en *La isla del tesoro*), pero en el que todo empieza y termina en una desolación de marcado carácter nihilista, un viaje que es, a la vez, principio y fin, inicio y término, una nada sólo aliviada por la memoria y sus recuerdos que lleva directamente a la nada.

En las páginas aparecen algunos otros personajes, muy pocos y secundarios, que vienen a apuntalar y ennegrecer de algún modo la situación del padre y del hijo. Pero McCarthy ha creado en *La carretera* otro personaje de importancia infinita, omnipresente y poderosísima, cuya presencia marca de principio a fin todo el andamiaje de la novela. Me refiero al paisaje inhóspito, al clima atmosférico de desazón húmeda, maloliente y fría que logra transmitir al lector. Pocas veces la descripción, la puesta en escena de un paisaje en una novela me ha afectado tanto, me ha hecho sobrecogerme, me ha dejado tiritando y con una sensación de incomodidad física tan palpable como la que McCarthy plasma en este espléndido relato. Estoy seguro que en muy pocas ocasiones podré volver

a escribir que un escenario literario encarna de forma tan cruda y perfecta la desolación metafísica en la que se desenvuelven los personajes que por él transitan.

La metáfora acuñada por McCarthy en *La carretera* es sin duda ninguna brutal, y lo es desde cualquier punto de vista, desde el material y el espiritual, logrando así una narración modélica, densa, cruda, sólida, sin adornos, propia de un maestro insertado ya en la gran tradición de literatos estadounidenses con pulso de acero e historias sin respiro. La lógica indica que esta novela debe convertirse en guión y ser dentro de un tiempo una película con posibilidades a cientos. El riesgo será el de acabar convirtiendo este cuento metafísico, construido a golpe y canto de literatura recia y épica, en un *Mad Max* para adolescentes en el que la desolación de la nada esté sólo en el barro del camino, y no en el lodo del espíritu de unos tiempos en los que la historia de *La carretera* puede tener muy poco de ficción.

Cormac McCarthy en la Red Municipal de Bibliotecas de Murcia (RMBM)

Unos caballos muy lindos: trilogía de la frontera en la biblioteca de Cabezo de Torres.

La carretera en las bibliotecas de Beniján, Cabezo de Torres, *Pelagio Ferrer* (El Palmar), El Raal, Espinardo, Guadalupe, Javalí Nuevo, La Alberca, La Ñora, *El Carmen*, *Río Segura*, *San Basilio*, Puente Tocinos, Sangonera la Verde y Centro de Lectura de El Puntal.

Ciudades de la llanura en la Biblioteca *Santiago el Mayor*.

El guardián del vergel en la Biblioteca de Sangonera la Verde.

Meridiano de sangre en las bibliotecas de *San Basilio*, Puente Tocinos y Sangonera la Verde.

No es país para viejos en las bibliotecas de *San Basilio* y Puente Tocinos.



<http://catalogobrmu.carm.es/cgi-bin4/abnetopac/O7030/IDc5a06274?ACC=101>

Fecha de actualización: abril 2012